

Arte, pueblo, tecnocracia

Eladio Dieste

Algunos amigos cuya posición en las cosas que más importan comparto, muestran frente al arte cierto desvío, como si fuera un lujo más de una sociedad enferma de injusticia y de desorden. Es un error, pero un error simpático; reacción frente a muchos de los que de él hablan, para quienes se siente que no es más que un sustituto menos vulgar de los perfumes caros o los perros de raza. Aunque arte y buen gusto sean cosas muy distintas, es para ellos el primero casi sólo el último jugo del segundo.

No es tan fácil ni importa mucho decir qué es el buen gusto, pero permítanme una definición, válida para mis particulares limitaciones: diría que es el de aquella parte de la clase alta, suficientemente vieja, mejor si ya es pobre, que ha hecho la experiencia familiar de muchas cosas, la mayoría fútiles, de la que le ha quedado cierto despegue por casi todas. Este estilo de buen gusto no abunda, ciertamente, en las aristocracias visibles o conocidas. Puede que su fórmula en arquitectura sea la de Mies: less is more. La “definición” que acabo de dar se aplica a uno de los estilos actuales de buen gusto, no a todos, ni a los de todas las épocas (recordemos el de fines del siglo XVIII). Fortalece en este momento la búsqueda de cosas realmente valiosas: una de ellas, que ha adquirido el mundo de hoy a través del movimiento arquitectónico moderno, desearía que definitivamente, es la conciencia de la belleza de lo elemental y necesario. Para que un tapiz sea más bello que un jergón de lana tiene que ser un tapiz muy bueno; un áspero lienzo de hospital gusta a muchos más, y con razón, que casi todas las telas historiadas que se fabrican, y es difícil hacer algo más inesperadamente hermoso que un martillo, un hacha o una navaja de injertar, cuyas formas expresan con precisión una dada relación, directa y decantada por el tiempo, con la realidad.

Pero no hagamos del buen gusto más de lo que es: lo que lo caracteriza realmente es el refinamiento unido al deseo de distinguirse, usando muchas veces para ello la gracia humana que anima los dedos de los artesanos.

El arte es cosa muy distinta: es la expresión, misteriosa hasta por lo arbitrario de los medio elegidos, de la conciencia, cuando muy intensa siempre fugaz, del ser del hombre y del mundo, del revés de la trama... que coincide con el derecho¹. Puede coexistir con el mal gusto. No tiene muchas veces buen gusto ese formidable genio plástico que fue Gaudí; en sus obras máximas y en momentos esenciales de las otras, desaparece cierta cargazón abigarrada y acumulativa y la luz resplandece sin sombras que la estorben.

La gente sencilla que creó el martillo y la navaja de injertar, tiene ese buen gusto que ya se trasciende a sí mismo, pero también tiene cosas que valen mucho más: inocencia y un fresco apetito por los sabores del mundo. De ahí

su barroquismo, en el sentido corriente, no arquitectónico, de la palabra; su gusto por el adorno y la facilidad con que los engañan los que comercian con esa inocencia y con su respeto por la cultura que es el que usan para apabullarlo con el prestigio de las palabras largas.

Para aquellos a quienes nos importa que las cosas buenas lleguen a todos, es muy importante saber si la gente sencilla es indiferente al arte; si lo fuera sin remedio éste ya no nos preocuparía tanto. Creo que es indiferente a un buen gusto que no sea más que moda porque le preocupa la tradición, la viva y verdadera, no aquella de que hablan los tradicionalistas, que es pura cáscara vacía. Pero ¿y el arte?; si falta ¿será la gente sencilla sensible a su ausencia? ¿Lo es a su presencia cuando tantos signos parecen indicar lo contrario?

En otro lado explico la trama consciente, bastante compleja, que me guió en el proyecto de la Iglesia de Atlántida. En el cañamazo que supone esa trama, borda el alma cosas oscuras para ella misma, que cuajan en el espacio casi siempre dolorosamente y que han quedado por esa misma pena bien grabadas en el espíritu. También cuento cómo me confortó la comprensión que mostró una mujer humildísima, con sus toscos zapatones manchados de barro. Por el itinerario que seguía, por los sitios en que se detenía, y por lo que decía con toda sencillez y sin alabanzas, me di cuenta cabal de que veía no las complejas intenciones conscientes, sino la carne en que tomaron forma. Pero no es un caso único.

Recuerdo haber asistido con gente del campo, muy humilde, al momento en que se liberó de andamios una estructura muy compleja y audaz; audaz pero serena. No era importante por el tamaño o por el costo, pero se sentía la tensión del esfuerzo que la hizo posible. Y es esto justamente lo que dijo un paisano, que no era fácil hacer aquello. La audacia le producía no desconfianza, ni sólo sorpresa, sino felicidad; distinguía muy bien la diferencia entre lo que es importante por el tamaño y por el costo, de aquello que nos toca en lo más hondo porque nos expresa sin que se sienta el esfuerzo que lo produjo.

Ví entonces claramente, una vez más, que para que algo llegue de veras a la gente sencilla debe tener una levedad, una facilidad misteriosa, una simplicidad suma, algo de danza sin esfuerzo y sin cansancio. No les satisface, y tienen razón, que una dificultad se resuelva a base de fuerza ciega o de dinero; quieren más bien que se salve con la misma facilidad con que se sostienen los gavilanes en el aire, o con la que cada flor del campo es, cuando de veras la vemos, el centro misterioso del paisaje “y ni aun el mismo Salomón, con toda su gloria, fue vestido así como una de ellas”. Percibir algo así muestra una penetración tan fina como la dulzura que adquieren las manos más rudas cuando acarician la cabeza de un niño.

Para los que desconfían de lo que tiene carga afectiva quiero aclarar que, como todos los hechos humanos densos de ella, lo que antecede expresa algo que está al fin de una cadena racionalmente bien fundada: detrás de la solución de una dificultad a base de fuerza ciega y de dinero hay siempre descuido y, detrás del descuido, desprecio o inconsciencia y superficialidad, que es también una forma del desprecio, el que no se mide a sí mismo. Y ese

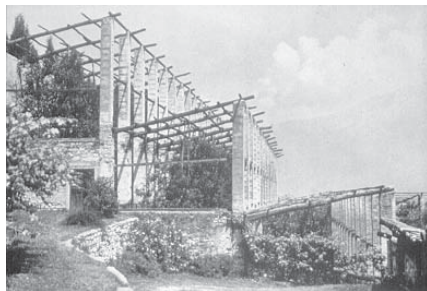
desprecio es, en definitiva, desdén hacia el esfuerzo humano, o sea hacia el hombre mismo. Y aquí creo que tocamos una base común; algo en que todos convenimos; el valor del hombre. Esa gracia que exigimos al arte es como la flor del desvelo y del esfuerzo; lo contrario al descuido. Uso este ejemplo, como los que siguen, tratando de investigar en mi propia experiencia si a la gente sencilla le importa el arte, lo que para mí es sinónimo de si el arte importa.

Uno de mis amigos de adolescencia, T. Ribeiro, era un buen músico; tocaba muy bien en la guitarra las fugas del Clave bien templado. Fuimos juntos una vez a la pequeña estancia de su padre y recuerdo qué bien sonaba la límpida música de Bach al lado del fogón, en las frías noches de julio. A la semana los peones habían abandonado sus rancheros y silbaban muy bien esas nuevas rancheros que habíamos llevado del pueblo. Y las silbaban porque les gustaban más, los expresaban mejor.

¿Y qué ejemplo más concluyente de la capacidad creadora de la gente sencilla que esos prodigiosos pueblecitos de aldeanos, que son algo tan perfecto que casi no hay obra de arquitectura culta que pueda parangonárseles? Se concibe que uno o varios genios puedan hacer de nuevo algo tan bello como Chartres o el Partenón, pero es imposible que alguien que no sea un pueblo, y a través de mucho, mucho tiempo, pueda hacer algo tan prodigioso y a la vez tan frágil justamente por su inocencia, tan inerme frente a la insolencia del dinero o simplemente de esa misma inocencia corrompida, como esos pueblecitos, de los que recuerdo especialmente uno que está cerca del de mi padre, sólo un poco más grande.

La primera vez que estuve allí era al fin del verano, pero, por el clima fresco y brumoso, las parras que cubrían la senda de llegada tenían un verde aún tierno y transparente como de primavera. El camino desembocaba en algo que era a la vez plaza y patio, o sea que el espacio privado era público. Daban a él unas casas viejísimas de piedra, con unas ventanas que parecían hechas desde adentro, como haríamos, si hubiéramos podido hacerlos, nuestros ojos. (¿No los habremos hecho realmente en el correr de unos milenios que llegan hasta la piedra y el fuego de las edades antiguas, sin que esto suponga menos sino más reverencia al misterioso centro que espiritualiza el mundo?) De esa plaza-patio con su pavimento de losas de piedra, salía otro camino bordeado por el mismo tipo de casas hasta desembocar en otra plaza-patio con su cruceo y una pequeña taberna. Y en esas plazas unas viejas tan viejas como el tiempo, hilando lana como hace mil años. Ni un árbol; piedra, cielo y nubes, un paisaje totalmente recreado por la arquitectura de una belleza inolvidable y modernísima. Allí estaba realizado todo lo que busca la arquitectura moderna; y pensé con terror en el riesgo de que al querer corregir las carencias, por ejemplo sanitarias, de un pueblo así, se echara a perder esa asombrosa obra maestra de arquitectura².

Y aquí conviene otra idea: la gente sencilla ha dado históricamente más importancia a la belleza que a las primarias comodidades que obsesionan al mundo moderno. Las carencias sanitarias a que me refiero son obvias; no me opongo a salvarlas, al contrario. Creo que la aspiración moderna a libe-



rarse de las servidumbres corporales es algo noble y muy humano; hago ver, simplemente, que el acento de la preocupación popular ha estado siempre dirigido a lo más noble; le importan más las proporciones que los cuartos de baño. Lo que tiene un fondo de buen sentido: las proporciones las tenemos siempre presentes, nos impregnan; en el cuarto de baño estamos apenas minutos. Pero también se dan inesperados ejemplos de lo mismo en la ciudad, entre nosotros. Hace muchos años una obra de fundaciones que dirigía puso en riesgo la estabilidad de unas casas muy viejas y mal construidas que estaban alquiladas por habitaciones; uno de nuestros antiguos “conventillos”. Fui a conversar con los inquilinos para proponerles que fueran unos días a un hotel hasta que se terminara la obra peligrosa y se repararan los desperfectos que ya se habían causado. Muchas de las habitaciones eran acogedoras, pero una sobre todo en que vivía una simpatiquísima viejecita, ya era un prodigio de organización del espacio, o sea de arquitectura. Las repisas, las mesas, la mecedora, parecían prolongar los brazos ya temblorosos y las manos nudosas y arrugadas, con esa conmovedora belleza que da a lo humano el trabajo de la vida; se habían hecho cuerpo, y, como consecuencia, el espacio resultaba ordenado de una manera humanísima y muy bella.

Toda mi experiencia me dice entonces que, sabiendo ver a través de las apariencias engañosas, el pueblo “hace” arte si lo dejan, es sensible a él y sería seguramente mucho más feliz si fueran nuestras ciudades, nuestros pueblos y aun nuestro campo, más humanos, más parecidos al cuarto de la viejecita de que antes hablé. Y al decir campo o naturaleza, pensamos que es el hombre el que permite que lo leamos de veras. En esas llanuras casi lunares, entre Cuzco y La Paz (en conjunto quizá lo más grandiosamente bello que he visto en la tierra) las coloridas figuras de los indios, casi unas hormiguitas, a lo lejos que de pronto se enderezan y miran al tren que nos lleva y que pasa, son las que como un relámpago iluminan el alma, y sólo entonces la visión, como una flecha, penetra en abismos de contemplación, y vemos como nunca la llanura amarilla, las cumbres nevadas, y esa materna ternura que late por nosotros en la tierra.

Dejemos al pueblo y pasemos a los que manejan el mundo, a los poderosos de la tierra. Ha sido pretensión no expresada (más que por grandes hombres como Ortega en deplorables momentos de debilidad que más vale olvidar) sino vagamente sentida de todas las aristocracias, la de que debe haber arquetipos humanos de conducta y de estilo vital, y ellas se autodesignan para encarnarlos; la paga por ello es comer mejor y ser mejor tratado. En momentos de gran inocencia o de gran tensión, como en las revoluciones, se producen estos arquetipos, y lo son sobre todo porque los crea el peso de la colectividad, animándolos, haciendo de ellos su voz y su gesto; pero cuando la complejidad y la falta de salud esencial de las relaciones humanas las vuelven flojas y turbias, es más difícil que sean las virtudes ejemplares y a pecho descubierto las que cuenten; y es lo más probable, lo vemos a cada instante, que una baja astucia tome su lugar. Es ya casi sólo entre los pobres donde se refugian los gestos espléndidos, nobles, ejemplares, de una aristocracia, en el sentido etimológico de la palabra, más auténtica que la de



Dos espacios de arquitectura abovedada en Cataluña:

La bodega del Monasterio de Poblet

La nave de Sant Miquel de Cardona

las salsas y los perfumes. Pero no es en manos del pueblo, sino de las élites burguesas que destilan lo que solemos llamar aristocracia (Belloc dice que la aristocracia es la riqueza añeja) que está entre nosotros el manejo del arte. El resultado es tan radicalmente infeliz e inhumano como la sociedad que la prohija. Son estas pseudoaristocracias de hoy las que han hecho nuestras ciudades tan feas con museos llenos de hermosas pinturas, nuestras calles estridentes y nuestras salas de concierto. Sería sin embargo más sensato y más fraterno que la preocupación por la belleza tuviera un carácter más general, menos especializado.

Nuestras sociedades son, espero que no para siempre, cada vez menos populares y democráticas, cada vez más manejadas por tecnócratas, esos señores que todo lo piensan menos lo más importante: las grandes decisiones que tienen que ver con las finalidades últimas no las piensan porque son, en el mejor de los casos, radicalmente escépticos o pesimistas en política y, en general, más bien porque están a sueldo de aquellos a quienes no interesa que esas cosas se piensen. Es la peor clase de aristócrata, la que cree que su preeminencia está justificada y se basa no en fruslerías como salsas y perfumes, sino en algo serio como la ciencia. He encontrado entre ellos una aberración curiosa: cierto horror a que la belleza esté en la vida. No, la vida no tiene más remedio que ser fea y sórdida porque eso es lo eficiente, lo que funciona, y de esa sordidez sacaremos el dinero para pagar los cuadros de los museos y la música de los conciertos. Lo que digo puede parecer exagerado, pero por desgracia tengo ejemplos. Hace muchos años, discutí con un colega, que tenía poder de decisión, dos proyectos de puente. El que se obstinaba en defender era más caro sin ser más seguro; pero como era más feo por más torpe, suponía que debía ser más eficiente; desde luego diría, si pudiera pasarse en limpio, que era más serio. En otra ocasión propuse una estructura para una acería y fui deshaciendo con toda paciencia las objeciones que me hacían hasta que llegamos al meollo de la repugnancia: era que les parecía de alguna manera inmoral hacer algo que suponían «no feo» para una acería; desconfiaban de la preocupación por la belleza; lo inexpresivo, seco y, en consecuencia, feo, les parecía lo seguro. Sin proponérselo creaban un nuevo Moloch, no menos siniestro que el antiguo, que debía triturar eficazmente a la gente para que nos fuera propicio y nos diera buenos dividendos.

Otra vez, al terminar la estructura de una fábrica con cáscaras en dientes de sierra, traté de convencer a los que debían decidirlo, de que pusieran vidrios transparentes en los lucernarios: era bello ver pasar las nubes y hasta alguna gaviota; no estábamos lejos del mar. No lo conseguí: los argumentos eran muy variados, pero el fondo era el oscuro temor a que la belleza y la gracia del mundo se nos metan en la vida. Aunque se escandalizarían y protestarían de que no es eso lo que se proponen, todo resulta como si esa gracia de la vida debiera estar aparte, estratificada en calidades cada vez más bajas a medida que nos acercamos a los más desposeídos. ¿Tiene esto alguna justificación, o sea, es eficaz, aunque para mí esa eficacia, si existiera, no lo justificaría? Desde luego que no; el obrero que levanta la cabeza de



lo que está haciendo y mira las nubes que pasan, o el prodigio de seguridad y gracia del pájaro en el aire, se cansa menos; adquiere en esa contemplación nueva fuerza; produce más. En una jerarquía adecuada de propósitos, todo esto debe ser resultado, no propósito (“buscad primero el reino de Dios y su justicia y lo demás se os dará por añadidura”); aunque más no fuera que por gramática parda deberían procurar que todo fuera noble, preciso, elegante, porque eso sostiene al hombre, lo construye. Pero como su jerarquía de valores es errónea, no aciertan.

Resumiendo: del mismo modo que mi experiencia del trato con los humildes me dice que tienen, como todos los hombres y por ser hombres, hambre de contemplación y de que ese hambre se satisfaga y se alimente a través de la obra de la sociedad y de cada uno en el espacio, así también mi experiencia con las élites que nos manejan me muestra, en general, embotamiento de ese noble apetito, falta de conciencia de la importancia del arte para la felicidad humana y, consecuentemente, de su valor práctico. He citado ejemplos quizá extremos, pero para ver que lo que digo es sustancialmente cierto, no tenemos más que mirar nuestra ciudad o cualquier otra. El espíritu sólo descansa en lo viejo, en lo ya abandonado por las “fuerzas”, que está como humanizado por el tiempo, pero que no es la expresión viva y plena del misterio del mundo en el espacio que es tan esencial a una vida realmente humana.

Nadie niega una forma de belleza a las grandes ciudades de hoy: Nueva York es bella, Buenos Aires también; todo lo humano tiene una dignidad indestructible y esas grandes aglomeraciones expresan al hombre. Pero, ¡qué contraste entre lo que son y lo que podrían ser! ¡Qué diferencia entre su aire en el fondo roto y frustrado, salvado por la dulzura de la tarde, la hondura del cielo, el poder de los árboles, la gracia de las palomas y lo que debería ser hoy el hogar de los hombres!

Estas líneas para nada suponen desconfianza en el porvenir de nuestra civilización. No hay nada esencialmente inhumano ni en la industrialización ni en las grandes aglomeraciones; al contrario. Son caminos que hay que seguir hasta el fin pero sin dar un solo paso que podamos evitar, que no esté guiado por lo que todos decimos profesar y traicionamos a cada momento: la conciencia de la dignidad y del valor del hombre y de su misión de humanizar la tierra, de hacer realmente de ella su morada.

No es fácil tener la imagen clara de fin pero sí de los principios que han de informarlo. Por eso es un error radical lo de que “el fin justifica los medios”. No sabemos cuál es el fin; sabemos a qué deberá ser fiel, y no lo será si en la acción traicionamos esos principios que han de darle forma. No podemos, pues, posponer para la ciudad futura la belleza y la dignidad que tanto necesitamos para resistir el rigor de la vida; no podemos posponerlos como principio, aunque podamos tener que transigir en la práctica; hay que transigir cuando no hay más remedio y buscando siempre lograrlos.

Y en esa lucha como en todas, estemos seguros de que, a través de errores y cegueras sin fin, ciertamente no mayores que los de las élites dirigentes, ha de estar la gente sencilla del buen lado.

Notas:

1. Creo que es esto lo que quiso expresar Aristóteles al decir que “la forma es el alma de las cosas”.

2. Años después de haber escrito esto, pasé de nuevo por el pueblo para encontrarme con que esa maravilla estaba destruida “por la inocencia inerte frente al poder del dinero” y por la muy humana aspiración de librarse de “las servidumbres corporales”.